

hojas humedecidas aún por pasajera lluvia, cuando el verde de las hierbas brilla con el agua, hemos dado verdaderos paseos sin decirnos una palabra, escuchando el ruido de las gotas que caían y gozando de los rojizos colores que el sol poniente imponía á las cimas. No hay duda que entonces nuestros pensamientos eran una plegaria confusa, secreta, que subía al cielo, cual si pidiéramos excusa de nuestra dicha. Algunas veces, pronunciamos una exclamación de sorpresa al ver el extremo de una calle de árboles que da vuelta bruscamente y que nos ofrece á lo lejos deliciosas imágenes. ¡Si supieras la dulzura y la profundidad que encierra un beso casi tímido dado en medio de esta santa naturaleza!... Cualquiera diría que Dios nos ha hecho para honrarle. Y volvemos siempre á casa más enamorados que nunca. En París, este amor parecería un insulto á la sociedad, y es preciso entregarse á él en el fondo de los bosques, como si fuésemos amantes.

¡ Gastón, querida mía, tiene esa estatura mediana que ha sido siempre la de todos los hombres de energía; ni gordo, ni delgado y bien formado, sus proporciones tienen redondez, es diestro en sus movimientos y salta un foso con la ligereza de un potro. En cualquier posición que se coloque, hay en él un no sé qué, que le obliga á recobrar su equilibrio, y esto es raro en los hombres que están acostumbrados á la meditación. Aunque moreno, sus carnes son bastante blancas. Sus cabellos son negros como el azabache y producen vigorosos contrastes con los tonos mates de su cuello y de su frente. Tiene la cabeza melancólica de Luis XIII; se ha dejado crecer el bigote y la barba, pero yo le obligué á que se afeitase ésta. Su santa miseria me lo ha conservado puro de todas esas manchas que envilecen á tantos jóvenes. Tiene una dentadura preciosa y una salud de hierro. Sus ojos azules y vivarachos, que tienen para mí una dulzura magnética, se encienden y brillan cual un rayo cuando su alma se agita. Como todos los hombres fuertes y de poderosa inteligencia, posee una bondad de carácter que te sorprendería como á mí me ha sorprendido. He oído á muchas mujeres confiarme los pesares de su interior; pero esas variaciones de carácter, esas inquietudes de los hombres descontentos de sí mismos, que no quieren ó no saben envejecer, que sienten no sé qué reproches internos de su loca juventud, cuya mirada tiene un fondo de tristeza, que se hacen quisquillosos para ocultar sus desconfianzas, que os venden una hora de tranquilidad por días enteros de inquietud, que

vengan en nosotras su acritud de carácter, y que toman un odio secreto á nuestras gracias, todos esos dolores los desconoce la juventud, y son únicamente atributo de los matrimonios desproporcionados. ¡Oh! querida mía, no cases á Athenais á no ser con un joven. ¡Si supieses cuánto gozo con esta sonrisa constante, que varía sin cesar, que habla, que encierra en la comisura de los labios pensamientos de amor, mudas gracias, y que enlaza siempre las alegrías pasadas con las presentes! Nunca hay nada olvidado entre nosotros. Á las menores cosas de la naturaleza las hemos hecho cómplices de nuestras felicidades: todo está animado, todo nos habla de nosotros en estos maravillosos bosques. Una vieja encina musgosa, que está cerca de la casa del guarda, nos dice que nos hemos sentado cansados á disfrutar de su sombra, y que Gastón me explicó allí la historia de los musgos, y que de los musgos llegamos, de ciencia en ciencia, hasta el fin del mundo. Nuestros dos espíritus tienen algo que es tan fraternal, que creo que son dos ediciones de una misma obra. Ya lo ves, hasta me he hecho literata. Ambos tenemos la costumbre de ver todas las cosas en toda su extensión, de apercibirnos de todo, y la prueba que nosotros nos damos constantemente á nosotros mismos de esta pureza del sentido interior, es siempre un nuevo placer. Hemos llegado á considerar esta armonía de nuestros dos espíritus como un testimonio de amor; y, si alguna vez llegase á faltar, sería para nosotros lo que es una infidelidad en los demás matrimonios.

Por otra parte, mi vida llena de placeres te parecería excesivamente laboriosa. En primer lugar, querida mía, sabe que Luisa Armada María de Chaulieu arregla y limpia en persona su cuarto. Yo no sufriría nunca que manos mercenarias, que una mujer ó que una joven extraña se iniciasen en los secretos de mi habitación. Mi religión abraza las menores cosas necesarias para su culto. Esto no son celos, sino respeto. De modo que mi cuarto está arreglado con el mismo cuidado que emplea una joven enamorada en arreglar su persona. Soy meticulosa como una solterona. Mi cuarto tocador, en lugar de ser verdadero revoltijo, es un gabinete delicioso. Mis cuidados lo han previsto todo. El amo, el soberano, puede entrar allí á cualquier hora; su mirada no se verá afligida, asombrada, ni desencantada: flores, perfumes, elegancia, todo encanta á la vista. Mientras que él duerme aún, por la mañana, al rayar el alba, sin que él se aperciba siquiera, paso á este gabinete, en

donde, gracias á los conocimientos que adquirí de mi madre, hago desaparecer las huellas del sueño con lociones de agua fría. Mientras dormimos, la piel, menos excitada, ejerce mal sus funciones; se pone ardiente, tiene encima una especie de nube perceptible á simple vista. Bajo la esponja que chorrea, una mujer recobra su lozanía. En eso estriba sin duda la explicación del mito de Venus saliendo de las aguas. El agua me da entonces las sabrosas gracias de la aurora; me peino, me perfumo los cabellos, y después de hecho este minucioso cuidado, me deslizo como una culebra, á fin de que el señor me encuentre al despertar rozagante como una mañana de primavera. Está encantado de esta frescura de flor recientemente nacida sin poder explicársela. Más tarde, el tocado de la mañana corresponde á mi camarera y tiene lugar en un salón. Como puedes suponer, hay también el tocado de la noche. De modo que me peino tres veces para mi señor esposo, y á veces cuatro; pero esto, querida mía, tiene precedentes en otros mitos de la antigüedad.

Tenemos también nuestros trabajos. Nos interesamos mucho por nuestras flores, por las graciosas criaturas de nuestro invernáculo y por los árboles. Somos verdaderos botánicos, amamos apasionadamente las flores, y nuestra casita está plagada de ellas. Nuestros céspedes están siempre verdes, y las espesuras de árboles están tan bien cuidadas como las de los jardines del más rico banquero. Nada es más hermoso que nuestro recinto, somos excesivamente golosos por los frutos y cuidamos de nuestros estiércoles y de nuestros espaldares. Pero en el caso de que estas ocupaciones campestres no satisficiesen el espíritu de mi adorado, le he aconsejado que acabase en el silencio y en la soledad algunas piezas de teatro que había empezado durante sus días de miseria y que son verdaderamente hermosas. Esta clase de trabajo es el único en las letras que se puede dejar y tomar, pues exige largas reflexiones, y más bien cinceladura que estilo. No siempre se puede hacer un diálogo, porque es preciso que contenga rasgos, resúmenes y salidas, que da el espíritu como las plantas dan las flores, y que se encuentran más bien esperando que buscando. Esta clase de ideas me gusta. Yo soy la colaboradora de Gastón, y no le dejo de este modo nunca, ni aun cuando viaja por los vastos campos de la imaginación. ¿Adivinas ahora la manera cómo paso las veladas de invierno? Nuestro servicio es tan poco duro, que desde que nos hemos

casado no hemos tenido que hacer ni el más mínimo reproche ni la más leve observación á nuestros criados. Cuando les han preguntado por nosotros, han tenido el talento de fingir, diciendo que éramos la dama de compañía y el secretario de sus amos, que están de viaje. Como están seguros de que nunca se les ha de decir que no, no salen nunca sin pedir permiso; por otra parte, son felices y saben que su condición no ha de cambiar si no cometen alguna falta. A los jardineros les permitimos que vendan el sobrante de nuestros frutos y de nuestras legumbres. La vaquera que tiene á su cargo la lechería, hace otro tanto con la leche, la crema y la manteca fresca. Nosotros nos reservamos únicamente los mejores productos. Estas gentes están muy contentas con lo que ganan, y nosotros encantados de esta abundancia que pocas fortunas pueden ó saben procurarse en ese terrible París, donde los melocotones cuestan cada uno la renta de cien francos. Todo esto, querida mía, tiene su objeto: quiero ser el mundo para Gastón; el mundo es divertido, y mi esposo, por lo tanto, no debe aburrirse en esta soledad. Creía ser celosa cuando era amada y me dejaba amar, pero hoy experimento los celos de las mujeres que aman, los verdaderos celos. Una sola mirada suya que me parezca indiferente me hace temblar. De vez en cuando me digo: «¡Si llegase á no amarme!...» y me estremezco. ¡Oh! estoy delante de él como está el alma cristiana ante Dios.

¡Ay de mí! Renato, sigo sin tener hijos, y sin duda llegará un momento en que serán necesarios los sentimientos de padre y de madre para animar este retiro, en que tendremos necesidad uno y otro de ver batitas, pelerinas y cabezas rubias y morenas saltando y corriendo á través de estas espesuras y de estos senderos floridos. ¡Oh! ¡qué monstruosidad son las flores sin frutos! El recuerdo de tu hermosa familia es punzante para mí. Mi vida tiene un recinto, mientras que la tuya ha crecido, se ha reflejado en otros seres. El amor es puramente egoísta, mientras que la maternidad tiende á multiplicar nuestros sentimientos. Leyendo tu buena y cariñosa carta, he comprendido esta diferencia. Viéndote vivir con tres corazones, tu dicha me causa envidia. Sí, tú eres feliz: tú has sabido cumplir sabiamente las leyes de la vida social, mientras que yo estoy fuera de todo. Sólo una existencia de hijos amantes y amados puede consolar á una mujer de la pérdida de su hermosura. Voy á cumplir pronto treinta años, y á esta edad la mujer empieza á hacer terribles é internas lamentaciones. Si bien es verdad

que soy hermosa aún, veo sin embargo los límites de la vida femenina; después ¿qué será de mí? Cuando yo tenga cuarenta años, ¿no los tendrá aún; será joven, y yo vieja. Al penetrar este pensamiento en mi corazón, permanezco á sus pies una hora, haciéndole jurar que, cuando sienta menos amor por mí, me lo dirá al instante. Pero es un niño, me lo jura como si su amor no hubiese de disminuir nunca, y es tan hermoso que... ¡ya me comprendes! le doy fe. Adiós, ángel querido: ¿estaremos años enteros sin escribirnos? La dicha es monótona en sus expresiones, y tal vez es por esta dificultad por lo que Dante parece más grande á las almas en su *Paraiso* que en su *Infierno*. Yo no soy Dante, soy sólo tu amiga y procuro no aburrirte. Tú puedes escribirme, pues tienes en tus hijos una dicha que va creciendo, mientras que la mía... Pero, en fin, no hablemos de esto. Recibe mil abrazos.

LIII

La señora de la Estorade á la señora de Gastón

Mi querida Luisa: He leído y releído tu carta, y cuanto más me he penetrado de ella, más he visto en ti una niña que una mujer. Veo que no has cambiado, y que olvidas lo que te he dicho mil veces: el amor es un robo hecho por el estado social al estado natural; es tan pasajero en la naturaleza, que los recursos de la sociedad no pueden cambiar su condición primitiva: por eso todas las almas nobles procuran convertir en hombre á este niño; pero entonces se convierte el amor, según tú misma dices, en una monstruosidad. La sociedad, amada mía, ha querido ser fecunda. Al sustituir sentimientos duros por la fugitiva locura del amor, ha creado la cosa humana más grande, la familia, que es la base de las sociedades. Para llevar á cabo esta obra, sacrificó lo mismo al hombre que á la mujer, pues, desengañémonos, el padre de familia da su actividad, sus fuerzas y toda su fortuna á su mujer. ¿No es la mujer la que goza de todos los sacrificios? El lujo, la riqueza, ¿no es casi todo para ella? ¿No es para ella la gloria y la elegancia, la dulzura y la flor de la casa? ¡Oh! ángel mío, una vez más vuelves á juzgar mal la vida. Ser adorada, es un tema de joven

bueno para algunas primaveras, pero no para una mujer esposa y madre. Yo creo que basta para halagar la vanidad de la mujer el saber que puede hacerse adorada. Si quieres ser esposa y madre, vuelve á París. Déjame repetirte que te perderás con la felicidad como otros se pierden con la desgracia. Las cosas que no nos cansan, como el silencio, el pan, el aire, son irreprochables porque no tienen gusto; mientras que las cosas llenas de sabor y que irritan nuestros deseos, acaban por cansarnos. Escúchame, hija mía. Ahora, aunque pudiera ser amada por un hombre que hiciese nacer en mí el amor que tú sientes por Gastón, sabría permanecer fiel á mis caros deberes y á mi grata familia. La maternidad, ángel mío, es para el corazón de la mujer una de esas cosas sencillas, naturales, fértiles, inagotables, como las que constituyen los elementos de la vida. Va á hacer pronto catorce años, recuerdo que me acogí un día al sacrificio como el naufrago se coge al palo de un buque, por desesperación; pero, hoy, cuando evoco con el recuerdo toda mi vida anterior, veo que aun escogería otra vez aquel sentimiento como principio de mi vida, porque es el más seguro y el más fecundo de todos. El ejemplo de tu vida, basada en un egoísmo feroz, si bien escondido por las poesías del corazón, ha fortificado mi resolución. Jamás volveré á decirte estas cosas, pero al saber que tu dicha resiste á las más terribles pruebas, tenía que comunicarte aquellas por última vez.

Tu vida en el campo, que fué objeto de mis meditaciones, me sugirió esta otra meditación que voy á comunicarte. Nuestra vida está compuesta, lo mismo por el cuerpo que por el corazón, de ciertos movimientos regulares. Todo exceso hecho por este mecanismo es una causa de placer ó de dolor; pero el placer y el dolor son una fiebre del alma esencialmente pasajera, porque no puede soportarse mucho tiempo. Hacer excesos con su vida ¿no es vivir siempre enfermo? Manteniendo en el estado de pasión un sentimiento que debe convertirse, en el matrimonio, en una fuerza igual y pura, tú vives enferma. Sí, ángel mío, hoy lo reconozco; la gloria del hogar está precisamente en esa calma, en ese profundo conocimiento mutuo y en ese cambio de bienes y de males que las bromas vulgares le reprochan. ¡Oh! ¡cuán grande es aquella palabra de la duquesa de Sully, la mujer del gran Sully, cuando le dijeron que su marido se permitía tener una querida:

—Es muy natural—respondió;—yo soy el honor de la casa

y sería muy triste que tuviese que desempeñar el papel de cortesana.

Más voluptuosa que tierna, tú quieres ser la mujer y la querida. Con el alma de Eloísa y los sentidos de santa Teresa, te entregas á extravíos sancionados por las leyes. En una palabra: depravas la institución del matrimonio. Sí, tú que me juzgabas tan severamente cuando parecía inmoral adoptando, desde la víspera de mi matrimonio, los medios de ser feliz; tú, que lo mirabas todo á tu gusto, mereces hoy los reproches que me dirigías. ¡Pues qué! ¿quieres amoldar á tu capricho á la naturaleza y á la sociedad? Tú sigues siendo la misma, tú no te transformas en lo que debiera ser una mujer, tú conservas los caprichos y las exigencias de la joven, y tú haces con tu pasión los cálculos más exactos y mercantiles. ¿No vendes caros tus adornos? Con todas tus precauciones, veo que te muestras muy desconfiada. ¡Ah! querida Luisa, ¡si supieras conocer los encantos del trabajo que las madres hacen sobre sí mismas para ser buenas y amables con toda su familia! La independencia y el orgullo de mi carácter se trocaron en suave melancolía, melancolía que los placeres maternos disiparon y recompensaron. Si la mañana fué borrascosa, la tarde será pura y serena. Mucho temo que, dada tu vida, no te ocurra á ti todo lo contrario.

Cuando acabé de leer tu carta, supliqué á Dios que te sugiriese la intención de venir á pasar un día con nosotros, para convertirte á la familia, á estos goces indecibles, constantes y eternos, porque son sencillos, verdaderos y naturales. Pero ¡ay de mí! ¿qué podía mi razón contra un error que te hace feliz? Mientras te escribo estas cortas líneas, las lágrimas brotan de mis ojos. He creído firmemente que algunos meses concedidos á ese amor conyugal te saciarían y te devolverían la razón; pero te veo insaciable, y, después de haber matado á un amante, acabarás por matar el amor. Adiós, querida descañada; desespéro, porque la carta en que esperaba verte á la vida social por medio de la descripción de mi dicha, no sirvió más que para glorificar tu egoísmo. Sí, en tu amor no hay nada que no seas tú misma, y amas á Gastón más bien por ti que por él.

LIV

La señora de Gastón á la señora de la Estorade

20 de mayo.

Renato: La desgracia ha llegado; mejor dicho, se ha precipitado sobre mí con la rapidez del rayo, y ya me comprendes: la desgracia para mí es la duda; la convicción sería la muerte. Antes de ayer, después de haber hecho mi primer tocado, busqué á Gastón para dar un paseo antes de almorzar, y no lo encontré. Entré en la cuadra, y allí vi su yegua empapada en sudor, á la que el mozo de cuadra quitaba, con ayuda de un tuchillo, copos de espuma antes de secarla.

—¿Quién ha puesto á *Fedelia* en este estado?—le pregunté.

—El señorito—me respondió el muchacho.

Al ver en las patas de la yegua el barro de París, que no se parece en nada al del campo, me dije:

—Ha ido á París.

Este pensamiento hizo brotar otros mil en mi corazón, atrayendo hacia este órgano toda mi sangre. ¡Ir á París sin decirme lo, escoger la hora que le dejo solo para ir y venir con tanta rapidez, que *Fedelia* está casi reventada!... La sospecha me estrechó con sus terribles brazos hasta privarme casi de respiración. Me fuí á algunos pasos de allí á sentarme en un banco para tratar de recobrar mi sangre fría. Gastón me sorprendió allí lívida, pues me dijo: «¿Qué tienes?» tan precipitadamente y con un sonido de voz tan lleno de inquietud, que me levanté y le cogí del brazo. Pero yo no tenía fuerza en las articulaciones y me vi obligada á sentarme de nuevo. Entonces él me tomó en sus brazos y me llevó á dos pasos de allí, al locutorio, adonde nos siguieron asustados todos los criados; pero Gastón los despidió con un gesto. Cuando quedamos solos, sin querer yo decirle nada, pude meterme en nuestro cuarto, donde me encerré para poder llorar á mi gusto. Gastón estuvo á la puerta cerca de dos horas escuchando mis sollozos é interrogando con una paciencia de ángel á su criatura, que no le respondía.

—Volveré á ver á usted cuando mis ojos no estén rojos y cuando mi voz no tiemble.

El *usted* le hizo saltar fuera de la casa. Yo tomé agua helada para lavarme los ojos, me refresqué la cara, la puerta de nuestro cuarto se abrió y de pronto le veo en mi presencia sin que hubiese oído el ruido de sus pasos.

—¿Qué tienes?—me preguntó.

—Nada—le dije.—He reconocido el barro de París en las cansadas patas de *Fedelta*, y no he comprendido que tú pudieses ir allí sin avisarme; pero eres libre.

—Tu castigo por tus criminales dudas consistirá en no comunicarte hasta mañana los motivos que me obligaron á ir—me respondió.

—Mírame—le dije.

Sumergí mis ojos en los suyos. El infinito penetró en lo infinito. No, no vi en ellos esa nube que la infidelidad extiende sobre el alma y que debe alterar la pureza de las pupilas, y aunque estaba en realidad inquieta, fingí que me tranquilizaba. ¡Los hombres saben tan bien como nosotras engañar y mentir! Ya no nos separamos. ¡Oh! querida, hubo momentos en que, mirándole, comprendí cuán indisolublemente estaba unida á él. Algunos estremecimientos interiores me agitaron, cuando volvió á aparecer después de haberme dejado sola un momento. Mi vida está en él y no en mí, y he dado crueles mentís á tu cruel carta. ¿Sentí yo nunca esta dependencia con aquel divino español, para quien era yo lo que este chiquillo atroz es para mí? ¡Qué odio le tengo á esa yegua! ¡Qué tonto fué el ocurrírseme tener caballos! Pero será preciso cortar los pies á Gastón ó mantenerle dentro del cercado. Estos estúpidos pensamientos me ocuparon, y por ellos puedo juzgar mi sinrazón, pues ahora comprendo que si el amor no le construye una jaula, no hay poder humano que pueda retener á un hombre que se aburre.

—¿Te fastidio?—le dije á quemarropa.

—¡Cuánto me atormentas sin razón!—me respondió con la mirada llena de una dulce piedad.—Nunca te he amado tanto.

—Para que me lo crea, ángel mío adorado—le repliqué—déjame que venda á *Fedelta*.

—¡Véndela!—me dijo.

Esta palabra me ha dejado como aplastada. Gastón parecía decirme con ella: «Tú sola eres aquí la rica, yo no soy nadie, mi voluntad no existe». Si no lo ha pensado, al menos así lo he creído yo, y me he separado de él de nuevo para irme á acostar: la noche se había echado encima.

¡Oh! Renato, en la soledad, un pensamiento devastador nos conduce al suicidio. Estos deliciosos jardines, esa noche estrellada, esa frescura que nos enviaba á bocanadas el incienso de todas nuestras flores, nuestro valle, nuestras colonias, todo me parecía sombrío, negro y desierto. Estaba como en el fondo de un precipicio, en medio de serpientes, de plantas venenosas; yo no veía nada de Dios en el cielo. Después de una noche semejante, una mujer envejece.

—Coge á *Fedelta* y corre á París—le dije al día siguiente por la mañana;—ya no la vendo, pues la amo como cosa tuya.

Sin embargo, no le ha engañado mi acento, por el cual se descubría la rabia interior que yo trataba de ocultar.

—¡Ten confianza!—me respondió tendiéndome la mano con un movimiento tan noble y lanzándome una tan noble mirada, que me sentí anonadada.

—¡Somos bien mezquinas!—exclamé.

—No, tú me amas y eso es todo—me dijo abrazándome.

—Vete á París sin mí—le dije haciéndole comprender que ya no guardaba sospecha alguna.

Se marchó ¡y yo creía que se quedaría! Renuncio á pintarte mis sufrimientos. Había en mí otro yo mismo que no creía que pudiese existir. Al principio, este género de escenas tienen, para la mujer que ama, una solemnidad trágica, que nadie sabría explicar; toda la vida se aparece en el momento que ocurren, y el ojo no percibe en ella ningún horizonte; nada es todo, la mirada es un libro, las palabras parecen helar el corazón, y en un movimiento de labios se lee una sentencia de muerte. Esperaba su vuelta, pero ¿me había mostrado yo bastante noble y grande? Subí á lo más elevado de la casita y le seguí con los ojos por el camino. ¡Ah! mi querida Renato, le vi desaparecer con una espantosa rapidez.

—¡Cómo corre!—pensé involuntariamente.

Después, una vez sola, volví á caer en el infierno de las hipótesis y en el tumulto de las sospechas. Había momentos en que la seguridad de ser engañada me parecía un bálsamo, comparado con los horrores de la duda. La duda es el duelo con nosotras mismas y nos hacemos en él terribles heridas. Iba y venía por las calles de árboles, y volvía á entrar en casa y tornaba á salir como una loca. Gastón salió á las siete y no volvió hasta las once; y, como por el parque de Saint-Cloud y por el bosque de Boloña basta media hora para ir á París, es

claro que había pasado tres horas en esta ciudad. Entró triunfante trayéndome un látigo de caouchouc con puño de oro. Hacía ya quince días que yo no tenía látigo, pues el mío, viejo y gastado, se había roto.

—Y ¿por esto me has atormentado?—le dije admirando el trabajo de esta joya, que tiene un pebetero en el puño.

Después no tardé en comprender que este regalo encerraba un nuevo engaño. Pero, por de pronto, salté á su cuello, no sin hacerle dulces reproches por haberme impuesto tan grandes tormentos por una bagatela. Creyóse entonces muy asustado, y yo vi en su actitud y en su mirada esa especie de alegría interior que se experimenta cuando se logra salir de un apuro. Mientras admiraba esta monada, le pregunté de pronto en un momento en que nos contemplábamos:

—¿Quién ha hecho esta obra de arte?

—Un artista amigo mío.

—¡Ah! ha sido Verdier—añadí leyendo impreso en el latiguillo el nombre del comerciante.

Gastón se puso encarnado como el que se avergüenza de algún acto malo. Le colmé de caricias para recompensarle del disgusto que había sufrido por haberme engañado, hice la inocente y logré hacerle creer que todo había acabado.

25 de mayo.

Al día siguiente, á eso de las seis de la mañana, me puse mi amazona y fui á casa de Verdier, donde vi varios látigos iguales al mío. Un dependiente á quien se lo enseñé, lo reconoció en seguida.

—Se lo vendimos ayer á un joven—me dijo.

Y por la descripción que le hice de mi falso Gastón, ya no me quedé duda.

No quiero hablarte de las palpitaciones de corazón que me rompían el pecho mientras iba á París, y todo el tiempo que duró esta pequeña escena que decidía mi vida. De vuelta ya á las siete y media, Gastón me encontró acicalada y peinada, paseándome con engañosa indiferencia, y segura de que nada le haría notar mi ausencia, cuyo secreto había recomendado á mi anciano Felipe, que era el único que lo sabía.

—Gastón—le dije, dando vueltas en torno de un estante, —conozco perfectamente la diferencia que existe entre una

obra de arte única, hecha con amor para una sola persona, y la que sale de un molde.

Gastón se puso pálido y me miró, al mismo tiempo que yo le presentaba la terrible prueba de convicción.

—Amigo mío—le dije,—esto no es un látigo, sino un pretexto bajo el cual oculta usted un secreto.

Acto continuo, querida mía, tuve el placer de verle cogido en las redes de la mentira y extraviado á través de los laberintos del engaño, sin saber cómo salir, desplegando un prodigioso arte para buscar una puerta de escape, pero no pudiendo lograrlo y viéndose obligado á permanecer en el terreno ante un adversario que consintió por fin en dejarse engañar. Como ocurre siempre en esta clase de escenas, esta complacencia mía llegó demasiado tarde, y, por otra parte, cometí la falta que tanto me había advertido mi madre que no cometiese. Presentándome cara á cara, los celos establecían la guerra y sus estrategias entre Gastón y yo. Querida mía, los celos son esencialmente estúpidos y brutales, y me prometí sufrirlos en silencio, expiarlo todo, adquirir una certeza, y romper con Gastón ó conformarme con mi desgracia: á una mujer bien educada no le queda más camino que este. ¿Qué me oculta? porque es indudable que me oculta algo. Este secreto concierne á una mujer. ¿Es alguna aventura de su juventud, de la que se avergüenza? ¿Qué? Este ¿qué? querida mía, está grabado con tres letras de fuego en todas partes. Leo esta fatal palabra cuando contemplo las aguas de mi estanque, á través de la espesura, en las nubes, en los tabiques, en la mesa, en las flores de mis alfombras. En medio de mi sueño, oigo una voz que me grita: «¿Qué?» A partir de esta mañana, existe en nuestra vida un interés cruel, y me atormenta el pensamiento más acre que puede corroer á nuestro corazón: pertenecer á un hombre á quien se cree infiel. ¡Oh! querida mía, esta vida tiene algo de infierno y de cielo. Yo, que hasta ahora había sido siempre tan santamente adorada, no me había imaginado tan crueles tormentos.

—¡Ah! ¿no descabas á veces penetrar en los sombríos y ardientes palacios del sufrimiento?—me decía yo misma.—Pues bien, los demonios han oído tu fatal ruego: ¡adelante, pues, desgraciada!

30 de mayo.

Desde aquel día, Gastón, en lugar de trabajar sin ardor y con el abandono del artista rico que acaricia su obra, se entrega al trabajo como el escritor que vive de su pluma. Emplea cuatro horas todos los días para acabar dos piezas de teatro. ¡Necesita dinero! Este pensamiento me fué sugerido por una voz interior. No gasta casi nada; vivimos en completa confianza, no hay rincón de su cuarto donde mis ojos y mis dedos no puedan penetrar, su gasto anual no llega á dos mil francos, y yo sé que en un cajón donde yo puse dinero hay treinta mil francos de menos. Ya me comprenderás. En medio de la noche, mientras él dormía, fui á ver si la suma estaba completa. ¡Qué sentimiento glacial se apoderó de mí al ver que el cajón estaba vacío! En la misma semana, supe que va á buscar cartas á Sevres, las cuales debe romper inmediatamente después de haberlas leído, porque, á pesar de mis invenciones de Fígaro, no he podido encontrar vestigios de ellas. ¡Ay de mí! ángel mío, á pesar de mis promesas y de todos los hermosos juramentos que me había hecho á mí misma cuando ocurrió lo del látigo, un impulso del alma, que es preciso llamar locura, me empujaba, y le seguí en una de sus rápidas correrías á la administración de correos. Gastón quedó petrificado al verse sorprendido á caballo pagando el porte de una carta que tenía en la mano. Después de haberme mirado fijamente, puso á *Fedelta* al galope con un movimiento tan rápido, que yo me sentí reventada cuando llegué á la puerta del bosque en un momento en que sufría tanto mi alma, que no me creía capaz de sentir ninguna fatiga corporal. Allí, Gastón no me dijo nada; llamó y esperó, sin hablarme. Estaba más muerta que viva. Ó tenía razón ó no la tenía; pero, en los dos casos, mi espionaje era indigno de Armanda María Luisa de Chaulieu. Me revolcaba en el fango social y me creía estar por debajo de la entretenida, de la hija mal educada, y á la misma altura que las cortesanas, las actrices y las criaturas sin educación. ¡Qué sufrimientos! Por fin se abre la puerta, entrega su caballo al criado, me apeó yo del mío, pero para ir á caer en sus brazos, porque él me los tiende; recojo mi amazona con el brazo izquierdo, le dí el derecho y echamos á andar... siempre silenciosos. Los cien pasos que dimos de este modo pueden valerme por cien años de purgatorio. A cada paso, millares de pensamientos, casi visibles

revoloteaban como lenguas de fuego ante mis ojos, y me asaltaban el alma, llevando cada uno un dardo ó un veneno diferente. Cuando el criado y los caballos estuvieron lejos, detuve á Gastón, le miré, y, haciendo un movimiento que debes adivinar, le dije señalando la fatal carta que seguía llevando en la mano derecha:

—Déjame leerla.

Me la da, la abro y leo una carta en la que Nathán, el autor dramático, le decía que una de nuestras piezas, aceptada y ensayada, iba á ser representada el sábado próximo.

La carta contenía un palco. Aunque para mí fuese esto pasar del martirio al cielo, el demonio seguía gritándome, para turbar mi alegría: «¿Dónde están los treinta mil francos?» Y la dignidad, el honor todo mi antiguo yo, me impedía hacer esta pregunta; la tenía en los labios; sabía que si mi pensamiento se convertía en palabras, tenía que tirarme al estante, y sin embargo, apenas podía resistir el deseo de hablar. Querida ¿no sufría yo entonces más de lo que permiten las fuerzas de la mujer?

—Bien veo, mi pobre Gastón, que te aburres—le dije devolviéndole la carta.—Si quieres, volveremos á París.

—¡A París! ¿para qué?—me dijo.—He querido saber si tenía talento y probar las delicias del éxito.

Mientras esté él trabajando, puedo yo fingirme asombrada cuando, al registrar el cajón, vea que no están allí los treinta mil francos; pero ¿no es esto obligar y dar pie para que un hombre de talento como Gastón me responda, con la consabida disculpa: «He tenido que prestárselos á un amigo?»

Querida mía, el resultado de todo esto es que hemos obtenido un verdadero éxito en la pieza que se estrenó en París, aunque en realidad pertenezca toda la gloria á Nathán. Yo soy una de las tres estrellas que figuran en el incógnito: Original de los señores ***.

He visto la primera representación, escondida en el fondo de una platea.

Gastón sigue trabajando y continúa yendo á París; hace nuevas piezas para tener el pretexto de ir á la ciudad y para ganar dinero. Nos han sido aceptadas tres piezas, y hay dos

1.º de julio.

BIBLIOTECA MUSEO LEON
ALFONSO DE LOS
1825 MONTEPERI, V

más pedidas. ¡Oh! querida mía, estoy perdida, ando entre tinieblas, y de buena gana prendería fuego á mi casa para ver claro. ¿Qué significa semejante conducta? ¿Se avergüenza de haber recibido de mí la fortuna? No, tiene el alma demasiado grande para preocuparse por semejante tontería. Por otra parte, cuando un hombre empieza á concebir escrúpulos, éstos le son inspirados por un interés del corazón: Se acepta todo de su mujer, pero no se quiere nada de la mujer á quien se piensa dejar ó á la que ya no se ama. Cuando quiere tanto dinero, es porque necesita gastarlo con alguna mujer. Si se tratase de él ¿no tomaría de mi bolsillo y sin cumplidos, cuanto quisiera? ¡Tenemos cien mil francos de economías! En fin, hermosa corza, después de haber recorrido el mundo entero de las hipótesis y de haberlo calculado todo bien, estoy segura de tener una rival. Me deja. ¿Por quién? no lo sé, pero *la* quisiera conocer.

10 de julio.

He visto claro, y estoy perdida. Sí, Renato, á los treinta años, en todo el esplendor de mi belleza, con todos los recursos de mi espíritu, con todos los encantos del tocado, siempre fresca y elegante, me abandona. Y ¿por quién? por una inglesa de pies grandes, de huesos deformes, por una vaca británica. Ya no hay duda. He aquí lo que ocurrió estos últimos días.

Cansada de dudar, pensando que, si había socorrido á algún amigo, podía decírmelo, viéndole acusado por mi silencio, encontrándole agobiado por una continua sed de dinero, celoso de su trabajo, inquieto con sus perpetuas correrías á París, tomé mis medidas, y éstas me obligaron á rebajarme tanto, que no quiero detallártelas. Hace tres días supe que Gastón, cuando va á París, se dirie á la calle de la Ville-l'èveque, á una casa donde sus amores se ocultan con una discreción sin par en París. El portero, poco hablador, me dijo poca cosa, pero lo bastante para desesperarme. Entonces hice el sacrificio de mi vida y quise á toda costa saberlo todo. Fuí á París, tomé una habitación en la casa que está enfrente de la que visita Gastón, y pude verle entrar á caballo en el patio con mis propios ojos. ¡Oh! inmediatamente, tuve una espantosa y horrible revelación. Esta inglesa, que parece tener unos treinta y seis años, se hace llamar la señora Gastón.

Este descubrimiento fué para mí el golpe de muerte. Por fin, la he visto ir á las Tullerías con dos niños. ¡Ah! querida, dos niños que son el vivo retrato de Gastón. Es imposible no observar tan escandalosa semejanza... ¡Y qué niños más bonitos! Van vestidos fastuosamente, como acostumbran ir los ingleses. ¡Ella le ha dado hijos! y con esto se explica todo. Esta inglesa es una especie de estatua griega bajada de algún monumento; posee la blancura y la frialdad del mármol, y anda solemnemente como madre feliz. Hay que convenir en que es hermosa, pero es torpe como un navío de guerra. No tiene nada de fino ni de distinguido, é indudablemente no es ninguna lady, sino la hija de algún cortijero de alguna mala aldea, ó la décima primera hija de algún ministro pobre. Volví de París moribunda. Como otros tantos demonios, me asaltaron por el camino millares de pensamientos. ¿Será casada? ¿La conocería antes de casarse conmigo? ¿Habrá sido querida de algún hombre rico que la haya dejado y se verá precisado ahora Gastón á cargar con ella? Hice infinidad de observaciones, como si éstas fuesen necesarias después de haber visto los niños. Al día siguiente, volví á París y le di bastante dinero al portero de la casa para que contestase á mis preguntas, y habiéndole preguntado si la señora de Gastón estaba casada legalmente, me respondió:

—Sí, señorita.

15 de julio.

Querida mía: Desde esta mañana he redoblado mi amor con Gastón y lo he encontrado más enamorado que nunca ¡es tan joven! Al levantarnos, veinte veces estuve á punto de preguntarle: «¿De modo que me amas más que á la de la calle de Ville-l'èveque?» Pero no puedo explicarme el misterio de mi abnegación.

—¿Te gustan los niños?—le pregunté.

—¡Oh! sí—me respondió.—Pero, no te apures, que ya los tendremos.

—Y ¿cómo?

—He consultado á los médicos más sabios y todos me han aconsejado que hiciese un viaje de dos meses.

—Gastón—le dije,—si yo hubiera podido amar á un ausente, hubiera permanecido en un convento hasta el fin de mis días.

Se echó á reir y á mí, querida mía, la palabra *viaje* me mató. ¡Oh! sí, prefiero tirarme por la ventana que no tener que rodar por las escaleras deteniéndome de peldaño en peldaño... Adiós, ángel mío, he sabido hallar una muerte grata y elegante, pero infalible. Mi testamento está escrito desde ayer. Ahora, ya puedes venir á verme, pues la consigna ha sido fijada. Acude á recibir mis adioses. Mi muerte, como mi vida, estará llena de distinción y de gracia: moriré con todo mi conocimiento.

Adiós, querida hermana mía; adiós tú, cuyo afecto no me ha proporcionado disgustos ni se ha alterado, y que ha sido siempre acariciado por mi corazón. Nosotras no hemos conocido las vivacidades, pero tampoco hemos gustado la venenosa amargura del amor. Tú has comprendido sabiamente la vida. Adiós.

LV

La condesa de la Estorade á la señora de Gastón

16 de julio.

Mi querida Luisa: te envió esta carta por un propio, porque quiero que llegue á esa tu casita antes que yo. Cálmate. Tus últimas palabras me han parecido tan insensatas, que, en semejantes circunstancias, he creído poder revelárselo todo á Luis: se trataba de salvarte de ti misma. Si, como tú, hemos empleado nosotros horribles medios, el resultado es tan feliz que estoy segura de tu aprobación. He llegado hasta hacer trabajar á la policía; pero esto es un secreto entre el prefecto, nosotros y tú. ¡Gastón es un ángel! He aquí los hechos: Su hermano Luis Gastón, que estaba al servicio de una sociedad comercial, ha muerto en Calcuta en el momento en que iba á volver á Francia rico, feliz y casado. La viuda de un negociante inglés le había dado la más brillante fortuna. Después de diez años de trabajos emprendidos para enviar de qué comer á su hermano, que adoraba, y á quien no había hablado nunca en sus cartas de sus desengaños por no afligirlo, ha sido sorprendido por la quiebra del famoso Halmer. La viuda

quedó arruinada. El golpe fué tan violento, que Luis Gastón perdió la cabeza. La parte moral, debilitándose, dejó la enfermedad dueña del cuerpo, y ha sucumbido en Bengala, á donde había ido á realizar los restos de la fortuna de su pobre mujer. Este querido capitán había puesto en casa de un banquero una primera suma de trescientos mil francos para que se los enviase á su hermano; pero este banquero, arrastrado también por la casa Halmer, les ha quitado este último recurso. La viuda de Luis Gastón, esa hermosa mujer que tú tomas por tu rival, ha llegado á París con dos niños, que son tus sobrinos, y sin un céntimo. Las alhajas de la madre han bastado apenas para pagar el pasaje de su familia. Los indicios que Luis Gastón había dado al banquero para enviar el dinero á María Gastón han servido á la viuda para encontrar el antiguo domicilio de tu marido. Como tu Gastón había desaparecido sin decir adonde iba, enviaron á la señora de Luis Gastón á casa de D'Arthez, que fué la única persona que pudo dar noticias de María-Gastón. D'Arthez ha proveído tanto más generosamente á las primeras necesidades de esta joven, por cuanto que Luis Gastón, hace cuatro años y en el momento de su matrimonio, había pedido informes de su hermano á nuestro célebre escritor, al saber que eran amigos. El capitán le había preguntado á D'Arthez qué medio habría para hacer llegar seguramente aquella suma á manos de María-Gastón. D'Arthez le respondió que María-Gastón se había enriquecido á causa de su matrimonio con la baronesa de Macumer. La hermosura, ese magnífico presente de su madre, había salvado á los dos hermanos, tanto en las Indias como en París, de toda desgracia. ¿No es conmovedora esta historia? D'Arthez, como es natural, ha acabado por escribir á tu marido participándole el estado en que se encontraban su cuñada y sus sobrinos, instruyéndole al mismo tiempo de las generosas intenciones que el azar había hecho abortar, pero que el Gastón de las Indias había tenido respecto al Gastón de París. Tu querido Gastón, como debes imaginarte, ha acudido precipitadamente á París. Esta es la historia de su primera escapada. De cinco años acá, ha separado cincuenta mil francos de la renta que tú le has obligado á aceptar, y los ha empleado en sendas inscripciones de mil doscientos francos de renta á nombre de sus sobrinos; después ha hecho amueblar la habitación en donde vive tu cuñada, prometiéndole tres mil francos cada trimestre. Esta es la historia de sus trabajos en

el teatro y del placer que le ha causado el éxito de su primera pieza. De modo que la señora de Gastón no es tu rival, y lleva tu nombre muy legítimamente. Un hombre noble y delicado como María Gastón tuvo que ocultarte esta aventura temiendo tu generosidad. Tu marido no mira como suyo lo que tú le has dado. D'Arthez me ha leído la carta que él le escribió rogándole que fuese uno de los testigos de vuestro matrimonio; María-Gastón dice en ella que su dicha sería completa si no hubiese tenido deudas que tú tenías que pagar y si hubiese sido rico. Un alma virgen no es dueña de tener tales sentimientos: ó se tienen ó no se tienen; si se tienen, su delicadeza y sus exigencias se conciben. No tiene nada de particular el que Gastón haya querido procurarle él mismo una existencia conveniente á la viuda de su hermano, cuando esta mujer enviaba cien mil escudos de su propia fortuna. Es hermosa, tiene un buen corazón, modales distinguidos, pero no tiene talento. Esta mujer es madre; ¿no equivale esto á decirte que simpaticé con ella tan pronto como la vi, al encontrarla con un niño en brazos y con el otro vestido como el *baby* de un lord? En sus menores cosas, se ve que impera esta divisa: ¡Todo para los hijos! Así es que lejos de guardar rencor á tu adorado Gastón, sólo tienes motivos para amarle más. Lo he visto de paso, y declaro que es el joven más encantador de París. ¡Oh! sí, hija querida, tan pronto como lo he visto, concebí que una mujer enloqueciese por él; su fisonomía dice lo que es su alma. En tu lugar, llevaría á tu casita á la viuda y á los dos niños, les cedería habitaciones aparte, y haría de ellos mis hijos. Cálmate, pues, y prepara á tu vez esa sorpresa á Gastón.

LVI

La señora de Gastón á la condesa de la Estorade

— ¡Ah! mi bien amado, oye aunque no quieras las terribles, fatales é insolentes palabras del imbécil Lafayette á su señor, á su rey: *¡Es demasiado tarde!* ¡Oh! ¡mi vida! ¡mi hermosa vida! ¿qué médico me la devolverá? Me he herido de muerte. ¡Ay de mí! ¿No era yo un fuego fatuo destinado á extinguirse después

de haber brillado? Mis ojos son dos torrentes de lágrimas, y... sólo lejos de él puedo llorar... Huyo de él, y él me busca... Mi desesperación es completamente personal, interior. Dante olvidó en su *Infierno* mi suplicio. Ven á verme morir.

LVII

La condesa de la Estorade al conde de la Estorade

En la casita, el 7 de agosto.

Amigo mío: Toma á los niños y haz el viaje á Provenza sin mí; me quedo al lado de Luisa, á la que sólo quedan algunos días de vida; me debo á ella y á su marido, que creo que se volverá loco.

Después de la cartita que tú conoces, y que me hizo volar, acompañada de los médicos, á Ville-d'Avray, no he dejado á esta encantadora mujer, y esta es ya la décimaquinta noche que la velo.

Al llegar, la encontré con Gastón, hermosa y elegante, con el rostro risueño y respirando felicidad. ¡Qué sublime mentira! Estos dos hermosos seres se habían entendido. Durante un momento, fui engañada, como Gastón, por esta audacia; pero Luisa me estrechó la mano y me dijo al oído:

—Es preciso engañarle, me estoy muriendo.

Al tocar su abrasadora mano y al ver sus encendidas mejillas, sentí un frío glacial. Aplaudí mi prudencia, pues, para no asustar á nadie, se me ocurrió decir á los médicos que se paseasen por el bosque hasta que fuesen á llamarles.

—Déjanos—le dijo Armanda á Gastón.—Dos mujeres que vuelven á verse después de cinco años de separación tienen mucho que confiarse, y Renato debe tener que hacerme alguna confidencia.

Una vez solas, se arrojó en mis brazos sin poder contener las lágrimas.

—¿Qué pasa, pues?—le dije.—Traigo conmigo cuatro médicos, de los cuales uno es Bianchón, otro es el primer médico del Hospital, y otro el primer cirujano.

—¡Oh! ¡si pueden salvarme, si es tiempo aún, que vengan!